

**Marisa Martínez Pérsico, *Tretas del hábil. Género, humor e imagen en las páginas ultraístas y post-ultraístas de Norah Lange*, Murcia, Editum, 2013, pp.250.**

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ  
Universidad de Salamanca



Es un hecho constatado que el Ultraísmo, aportación hispánica a las vanguardias históricas europeas, constituyó hasta hace poco un territorio de relevancia minimizada por los estudios literarios, cuando no directamente orillado. Las recientes recuperaciones documentales, consistentes en ediciones facsimilares de revistas y epistolarios, han venido a arrojar luz parcialmente sobre el movimiento. La monografía de Marisa Martínez Pérsico que tenemos entre manos, *Tretas del hábil. Género, humor e imagen en las páginas ultraístas y post-ultraístas de Norah Lange*, corre en paralelo a tal labor restauratoria, y aun se diría que provee más información de lo que su título anuncia. A lo largo de sus páginas, el estudio viene a restañar con solvencia un doble olvido: el desenvolvimiento del Ultraísmo español y argentino, con sus rasgos comunes y privativos; y la puesta en valor de las prosas tempranas de Norah Lange, caracterizadas tanto por su singularidad como por una alta dosis de conciencia crítica y programática.

Organizado en once capítulos con bibliografía independiente, el libro abunda en esa voluntad estratégica de la autora que se percibe ya en el título, “tretas del hábil”, claramente en diálogo con el sintagma “tretas del débil” acuñado por Josefina Ludmer para aludir a Sor Juana Inés de la Cruz.

El primer capítulo, “la mujer del Ultraísmo argentino”, comienza espigando las figuras femeninas dentro de las vanguardias históricas para enmarcar así la acogida de los primeros textos de Lange: aññamiento, exotismo, angelización o la hache final de su nombre fueron algunas de las intervenciones masculinas en la modelación de una autora fetichizada por el grupo mediante la imagen de “sirena” que, a su vez, habría de “petrificar” la recepción de su estética.

Por su parte, la siguiente sección se preocupa por trazar paralelismos en las tres orillas ultraístas (Argentina, Uruguay, España) tomando el epistolario entre Borges y Jacobo Sureda. Entraña un gran acierto la metáfora del prisma para caracterizar al Ultraísmo como “refracción sin imitación” pues, en efecto, fracciona, descompone y recompone materiales previos, reivindicando una vocación propositiva negada con obstinación por buena parte de los estudios literarios. Particularmente llamativo es el pasaje en que la investigadora defiende la idea de zafarse de esa fuerza de arrastre que existe tras las declaraciones autobiográficas de un autor –en este caso la retractación de no pocos ultraístas respecto a su militancia–, resaltando en cambio las conquistas expresivas que les reportaría en adelante.

En el capítulo tercero se nos brinda una contextualización histórica y teórica del objeto de estudio, remarcando la necesidad de un abordaje específico para cada movimiento. La autora examina los estudios ya clásicos sobre la vanguardia de Nelson Osorio, Jorge Schwartz y Gloria Videla para abolir el binomio centro/periferia, huyendo de la noción de subalternidad

y contemplando “la producción europea y latinoamericana como manifestaciones estéticas simultáneas de Occidente” (58); será ese el ángulo desde donde Martínez Pérsico dará cuenta de las interacciones transatlánticas ultraístas.

El apartado cuarto prolonga esa preocupación y encara la dimensión intercontinental del movimiento Ultra en su doble faz literaria y plástica. La autora rehúye el encasillamiento en el rubro de las literaturas nacionales y lo refrenda mediante numerosos ejemplos que hablan de una suerte de “corresponsalías bilaterales” (66). Es así como desbroza con precisión las conexiones entre revistas (*Prisma, Inicial, Alfar, Plural*) alentada en buena medida por ese enlace que fue Guillermo de Torre, así como mediante cartas (de Marechal a Jarnés), publicaciones y colaboraciones varias (Lorca, Jarnés, Barradas, Norah Borges, Cansinos-Assens).

Una vez consignados los nexos transatlánticos, las dos siguientes divisiones acotan los rasgos idiosincrásicos del ultraísmo argentino, en clara trayectoria centrípeta hacia la producción de Norah Lange. Martínez Pérsico hace recaer tal especificidad en el manejo de “una escena urbana en proceso acelerado de modernización y cambio” aderezado con “aportes formales de las vanguardias históricas europeas” sin olvidar “un sistema de percepciones y recuerdos que se vincula con el pasado inmediato pero ya en decadencia” (82). Se detiene la crítica argentina en los avatares de conformación de las revistas *Proa* e *Inicial*, cruciales órganos de expresión por donde desfilaron destacados poetas; a la par que “aprovecha”, en este sentido, la peculiar clasificación de los ultraístas efectuada por Néstor Ibarra en 1930 para desgranar tal nómina, desmontarla y resituirla con mayor perspectiva histórica.

Las secciones séptima y octava se adentran en la médula del análisis, entregándonos una exposición detallada y densa de la obra langeana propiamente dicha. La investigadora discierne nítidamente dos etapas: las prosas que se despliegan en espacios abiertos con un viaje como hilo conductor, y aquellas desarrolladas en ámbitos domésticos. Esta última da cabida a textos como *Cuadernos de infancia* (1937), *Antes que mueran* (1944) o *Personas en la sala* (1950), premiados por una crítica que identificó en ellos elementos “inherentes” a su condición femenina. Martínez Pérsico sale con contundencia al “rescate” del primer periodo, obsequiándonos con un recorrido por la novela epistolar *La voz de la vida* (1927) que será mucho más minucioso en *45 días y 30 marineros* (1933), novela autoficcional en tercera persona. Una y otra vienen signadas por el cronotopo del agua, al que se atribuye un sema de “metamorfosis ontológica” y “carnavalización de valores”. Sentadas esas bases, la estudiosa privilegia esta última novela, que juzga como una “metáfora del rol de Lange dentro del grupo ultraísta pero distorsionado por la ficcionalización y la incorporación del humor” (122), lectura que le permite filiarla atinadamente con *El movimiento V.P.* de Cansinos-Assens. La inversión de los roles de poder, las imágenes, recurrencias y discontinuidades en el resto de su producción son trazadas mediante una exposición aunadora de diversos enfoques, datos y referencias que evidencian el dominio de la autora sobre la materia diseccionada.

Especial relieve cobra la cuestión de la parodia y resemantización de los estereotipos de la masculinidad y feminidad en tanto constructos. El análisis alumbra los títulos langeanos desde ese prisma, centrándose en el carácter jánico que adquiere su escritura, con textos que “requieren una descodificación doble”, como en *45 días y 30 marineros*, donde la protagonista “fluctúa entre la transgresión de roles vehiculizado a través del humor (...) y la reproducción de preceptos ligados a la conducta honorable de la mujer” (144). Aborda, en esa dirección, el manejo del humor en sus *Discursos* como monólogos teatralizados performativos, con los que promueve una inscripción de su figura en el espacio público por mor de la parodia, el humor negro, la caricatura y otros resortes lúdicos reflectores del espíritu martinfierrista. La investigadora apoya oportunamente cada afirmación buscando paralelismos, exhumando precedentes e incidiendo en esa permanente estructuración del yo autoral de género que esmaltó toda su escritura.

El noveno apartado se aboca a rastrear al pormenor el origen ultraísta-expressionista de la imagen subjetiva langeana, no como episodio coyuntural en su obra sino entendida como elemento que cuaja en su poética y que no habrá de abandonar en posteriores entregas. Martínez Pésico se consagra a demostrar la omnipresencia de esa huella y, mayormente, a explicar el procesamiento de esa imagen ultraísta bajo el tamiz del expresionismo, operación atribuida en buena medida a la imagen dinámico-metafísica que Jorge Luis Borges había fraguado poco antes en su trilogía porteña. Constituye éste el tramo del libro más inclinado al análisis textual y a la teoría de la literatura: motivos, símbolos y tropos como la prosopopeya o la hipálage son sometidos a una disección muy exhaustiva, apuntalada por nexos, precursores y referencias bibliográficas convenientemente aducidas. Imágenes pictóricas y fotografías de poemas manuscritos refuerzan el cuerpo argumentativo con un doble fin: refutar, por un lado, ese acomodaticio enfoque de género con el que sus textos fueron mayoritariamente “enclaustrados”; y por otro, proclamar la persistencia del imaginismo que permearía con coherencia el conjunto de la obra langeana.

El décimo capítulo se detiene –justificadamente– en *Alfar* (1920-1954), revista dirigida por el uruguayo Julio Casal primero en La Coruña y, a partir de 1927, desde Montevideo. Amén de introducir el Ultraísmo en la ribera oriental del Plata, ésta supuso una buena plataforma de difusión de los ismos y dio cobijo a los primeros poemas de Lange. El desglose de los hitos literarios que *Alfar* albergó reafirma el carácter transoceánico del movimiento y es también, en cierto modo, una metonimia de la aventura (post)ultraísta en todas sus aristas. Entre ellas, subraya Martínez Pésico los dualismos de género practicados por Guillermo de Torre o el mismo Casal sobre las dos Norah, recludas por clichés empobrecedores de sus respectivas propuestas artísticas.

La monografía se cierra con un sustancioso epílogo donde se recogen en haz los componentes neurálgicos de la investigación, aclarando conceptos y justificando algunas tomas de posición crítica. Como colofón, se incluye un apéndice con facsímiles inéditos y sus transcripciones, correspondientes a poemas de juventud de Lange que, contenidos en su cuaderno *Oasis*, suponen un instrumento valioso para quienes pretendan acercarse a los albores de su escritura.

Digna de destacar es igualmente la extensión de las notas a pie de página, que terminan de contextualizar la obra langeana, completando una investigación *per se* pródiga en información si atendemos al cuerpo de los textos y a las propias referencias bibliográficas (que tal vez hubiera convenido aglutinar al final del estudio). Si de riqueza paratextual hablamos, mención aparte merece el magnífico prólogo de Rosa García Gutiérrez, quien rastrea el proceso de negociación de Lange consigo misma y su vocación de “cuarto propio”, particularmente acendrada en *45 días y 30 marineros*. Aquí la prologuista detecta una bien consciente –y extemporánea– estrategia de inserción en el campo literario argentino, “y no la inconsciente emanación de un supuesto imponderable femenino” (23). El texto de García Gutiérrez rebasa su índole presentativa para poner sobre la mesa sugerentes conexiones con que nutrir estudios venideros (véase, por ejemplo, el vínculo de *45 días...* con *Los detectives salvajes* de Bolaño en tanto trepidantes ficcionalizaciones del fracaso vanguardista).

En suma, la autora sale bien librada de una empresa que no se preveía fácil, pues exigía conciliar estudios transatlánticos, historia literaria, teoría de la literatura y perspectiva de género. Martínez Pésico toma todo este instrumental con prudencia, abogando por un eclecticismo benéfico para sus objetivos y, en última instancia, para el estudio mismo que, al lucrarse de aportes tan heterogéneos, ofrece un análisis preciso en el contenido y mesurado en su enfoque. Desplegando una prosa académica y límpida, la profesora de la Università degli Studi Guglielmo Marconi nos entrega una muy iluminadora contribución por cuanto logra, creemos, sacar al Ultraísmo del papel ancilar que las historias literarias le habían endosado, reubicándolo así como periodo notable que legó marcas expresivas perennes en no pocos de

sus integrantes (Lange, Borges, Marechal). Por otro lado, es resaltable lo que el estudio tiene de vindicativo respecto a la ficción vanguardista langeana. Con ello, la investigadora salda una deuda que el campo crítico hispánico había contraído con la autora bonaerense. Lo hace, además, esgrimiendo dos virtudes nada triviales: la no adscripción militante a ninguna “jergocrítica”; y el haber “desoído” con perspicacia la abjuración que la escritora manifestó de su periplo ultraísta. Rasgos de independencia intelectual que, por inusuales, son muy de agradecer.

